

Best. Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989

ULRICH HERBERT

Dietz-Verlag, Berlín, 1996 [COMPRAR ESTE LIBRO](#)

Albert Speer. El arquitecto de Hitler: su lucha con la verdad

GITTA SERENY

Javier Vergara, Buenos, Aires, 1996 [COMPRAR ESTE LIBRO](#)

Las elites nacionalsocialistas y los asesinos de despacho

Bernd Martin

1 diciembre, 1997



En su acusación de 1972, la fiscalía de Berlín describió a Werner Best –en su día el tercer hombre después de Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich dentro del aparato de terror nacionalsocialista– como «por sus características y posición uno de los nacionalsocialistas más importantes y ejemplo de asesino de despacho». Un veredicto tan inequívoco y oficial no existe sobre Speer, el arquitecto estrella y eficaz ministro de armamento y producción de guerra de Hitler. Ambos, casi de la misma edad, pasaron por geniales organizadores en el Tercer Reich, cada uno en su campo y a su modo. Además, siendo ambos de los pocos supervivientes de las elites dirigentes nacionalsocialistas, consiguieron introducir su destacada posición en la discusión histórica general sobre el Tercer Reich después de 1945.

Si Best, el mayor de los dos (nacido en 1903, se había extendido en numerosos escritos antes y después de 1933 sobre el carácter del Estado autoritario del *Führer* y el cometido de la policía en el Estado nacional, mostrándose por tanto como teórico nacionalsocialista, Speer, el más joven (nacido en 1905), estaba libre de tal falta. Entregado por completo al delirio y las tentaciones de la técnica y lo fáctico, Speer no había encontrado tiempo para teorizar, y sólo en la prisión de Spandau comenzó a escribir y justificar su actividad. A pesar de ello, había sido un asesino de despacho jurídicamente perseguible, toda vez que dirigió a 70.000 colaboradores en el momento cumbre de su poder, siendo incluso más influyente y responsable de más víctimas que el jurista administrativo Werner Best, menos afamado y fuera de las candilejas políticas.

El año pasado aparecieron en Alemania tres libros de historia contemporánea que han provocado de nuevo acaloradas discusiones sobre los responsables de la muerte de millones de judíos europeos. Después de cincuenta años aún no ha concluido la búsqueda de los asesinos, y ahora la segunda

generación aborda los crímenes de sus abuelos, sacando a la luz diferentes grados de implicación individual o del pueblo alemán en su conjunto, lo cual, en muchos aspectos, se parece a una dolorosa reevaluación del genocidio. Daniel Goldhagen y su polémica obra *Hitler's willing executioners. Ordinary Germans and the Holocaust* (Hitler y sus verdugos voluntarios. Los alemanes normales y el Holocausto) pertenecen a esta segunda generación. Ya veinte años antes, su padre, Erich Goldhagen, había definido el antisemitismo de las clases dirigentes nacionalsocialistas como un sucedáneo religioso que prometía la redención. El hijo sólo tuvo que dar el paso hacia la culpabilización colectiva de todos los alemanes -aunque desde entonces haya corregido parcialmente su juicio y admitido ciertos sesgos, sobre todo en la utilización de las citas. Pero la culpabilización colectiva, ya incluida en abril de 1945 en las directivas de la ocupación americana, y que deriva en su origen de una representación puritana de la culpabilidad, no ha contribuido sustancialmente al esclarecimiento de los hechos, ni al final de la guerra ni cincuenta años más tarde. Puesto que, si todos eran culpables, en el fondo no lo era nadie, sino que todos resultaron -y eso es lo que, de hecho, creyó la mayoría de los alemanes en la posguerra- más o menos víctimas de una catástrofe o de un seductor demoníaco, Adolf Hitler.



Frente a esto, la discusión sobre la responsabilidad de las elites funcionales de primera línea (como Speer y Best, pero también los «Gauleiter», como Arthur Greiser en el Wartheland), y de segunda

línea (como los ejecutores, los comandantes de los campos de concentración, sus verdugos y los «hombres normales» en los batallones de policía y las Unidades de Acción [«Einsatzgruppen»]) lleva a resultados muchísimo más específicos. Entre las muchas publicaciones orientadas hacia esos responsables, los estudios biográficos que presentan Ulrich Herbert sobre Best y Gitta Sereny sobre Speer han encontrado la mayor resonancia, aunque sea en círculos distintos.

Los historiadores académicos celebraron el libro de Ulrich Herbert, profesor de historia de la Universidad de Freiburg, como el comienzo de una nueva época en la investigación del nacionalsocialismo. Por el contrario, el enfoque psicologizante de la publicista británica de origen judío-magiar Gitta Sereny no siempre ha encontrado aprobación académica, aunque sí un considerable eco entre los lectores «normales» pero interesados en la historia contemporánea. Aunque sólo sea por sus distintos destinatarios, no puede compararse el estudio científico de Herbert con el ensayo de Sereny, basado en pesquisas periodísticas. Con todo, a la postre ambos descubren a su respectivo asesino de despacho como tal.

Siendo Speer y Best supervivientes del más alto rango de la dirección nacionalsocialista –el primero del aparato gubernamental y el segundo de los servicios de seguridad–, los dos se salvaron de ser ahorcados, a diferencia de la mayoría de los principales criminales de guerra juzgados en Nuremberg y de los otros mil aproximadamente que fueron ejecutados por las fuerzas aliadas. Ambos sobrevivieron gracias a la favorable coincidencia entre ciertas casualidades externas y su propio proceder táctico. Best, por ser entregado por Dinamarca donde había gobernado moderadamente durante dos años y medio como *Reichsprotektor*, se salvó de la horca –en la que indudablemente habría terminado como responsable de la planificación de la invasión salvaje de Polonia por las unidades del servicio de seguridad en septiembre de 1939. Speer presumiblemente salvó su vida gracias a una confesión de culpabilidad parcial que, a los ojos de los jueces de Nuremberg, lo hizo aparecer como un acusado especial, hipotéticamente arrepentido y dispuesto a declarar. Si la acusación hubiese podido demostrar en 1946 lo que Speer mismo –según Sereny– confesó sólo cuatro años antes de su muerte (1981), a saber, que consintió el asesinato de los judíos, con mucha probabilidad habría terminado ahorcado. En lugar de eso, Speer cumplió una condena de veinte años por su participación en la utilización de trabajadores forzados. Por eso mismo fue condenado a muerte el «Gauleiter» Sauckel, responsable de reclutar los esclavos extranjeros y subordinado de Speer. Por otro lado, Best inicialmente fue condenado a muerte por los daneses, después indultado y condenado a cadena perpetua y, finalmente, tras seis años de prisión, gracias a la intervención del Gobierno alemán se benefició de una amnistía del rey danés en 1951. Todos los intentos de procesar a Best por su participación en el asesinato de 8.723 judíos, religiosos e intelectuales polacos, fracasaron finalmente por la benevolencia de la justicia, que no quiso incomodar al senil acusado en nombre del pueblo alemán.

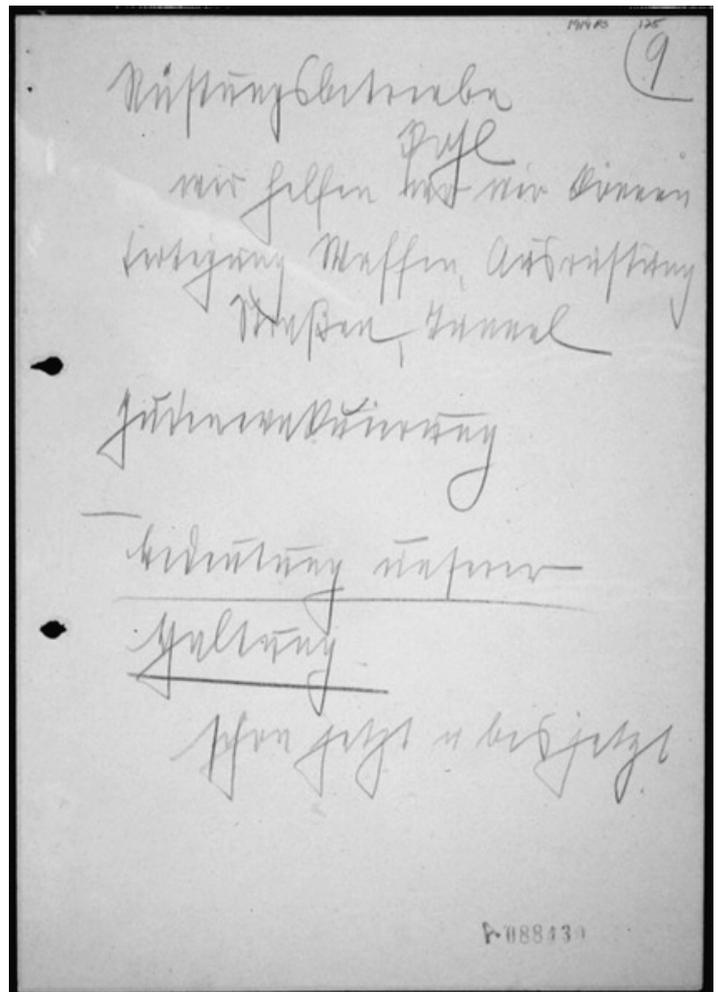


El trato que recibió el presunto asesino Best por parte del público alemán fue triplemente escandaloso: en el sentido jurídico, en el social y, específicamente, en el histórico. No sólo no fue procesado, sino que tampoco sufrió rechazo social alguno y trabajó con éxito como asesor jurídico en el potentísimo grupo industrial Stinnes. Además transmitió su punto de vista sobre «un Tercer Reich con especial consideración hacia una política de ocupación limpia» a historiadores de primera fila que lo siguieron con gusto. Sólo el voluminoso estudio de Herbert ha terminado, aunque con bastante retraso, con el mito de las irreprochables actividades del alto funcionario, fiel a sus deberes y a las leyes. También en el caso de Speer, quien en sus *Erinnerungen* (Memorias) de 1969 se había creado el mito del buen amigo de Hitler que estaba en la inopia, no fue hasta principios de los años ochenta¹ y, por tanto, después de su muerte y antes de la publicación del libro de Sereny, cuando se destruyó definitivamente su mito. Los historiadores, tanto alemanes como extranjeros, habían peregrinado masivamente a la casa burguesa de Speer en Heidelberg para disfrutar de la apreciada atención del último testigo vivo del nacionalsocialismo, aceptando de buena fe todas las leyendas que ponía en circulación, como por ejemplo su desconocimiento de la persecución y exterminio de los judíos. La sociedad alemana de aquellos años parecía tener una asombrosa afición por aquellos personajes supervivientes del Tercer Reich, símbolos de la superación de la derrota y de todas las agresiones sufridas a partir de 1945. Desde el punto de vista de la generación socializada por el nacionalsocialismo, «no todo fue malo entonces». Sobre todo Speer, con sus magníficas construcciones y la organización de la economía de guerra, sustentaba estas opiniones.

Tanto Best como Speer provenían de familias burguesas y, nacidos en 1903 y 1905 respectivamente, pertenecían a la llamada «generación de jóvenes de la guerra» a los que no había sido concedida la

«revelación» de la experiencia bélica. Best, por su lado, compensó esta deshonra y su experiencia de la ocupación de las fuerzas francesas cuando era estudiante de derecho a base de radicalismo nacional, declarándose seguidor del «realismo heroico»² tras su encuentro con Ernst Jünger. Frialdad, dureza y realismo eran los lemas de los alemanes en su lucha nacional contra la amenaza interna y externa del liberalismo; el pueblo mismo se convirtió en una comunidad de sangre y cultura, recibiendo así un valor absoluto. Este conglomerado ideológico de la «revolución conservadora», ampliamente aceptado por los intelectuales de la república de Weimar y, sobre todo, por los estudiantes, fue consecuentemente perfeccionado por Best en el sentido de una ley vital (*Lebensgesetz*) racista. Como vanguardia intelectual del exterminio, tuvo la oportunidad en la central de la Gestapo en Berlín en 1935 de justificar la ética pervertida de las SS y de los grupos de seguridad, que mantenía la pureza al precio de obligar a proceder de la manera más terrible. El discurso de Posen de Himmler en octubre de 1943, en el que justificó el exterminio del pueblo judío como un acto puro en el sentido de una elevada necesidad nacional, no fue sino el resultado de los adoctrinamientos teóricos provenientes de Best y su actividad práctica dentro de las SS. Best, desde dentro de la Gestapo de 1935 a 1940 en Berlín, formó el núcleo de personas destinadas a las acciones de exterminio en el Este. Dos tercios de los hombres dirigentes de la Gestapo y de las SS tenían en 1939, como Best, menos de 36 años y habían estudiado Derecho, al igual que él.

La formación de esta elite académica de verdugos fue la contribución más importante de Best al genocidio de los «subhombres» (*Untermenschen*) judíos y eslavos que se inició en septiembre de 1939 en el Este. Esta elite de las SS provenía de aquella sociedad alemana, destruida por los tratados de Versalles, la república de Weimar, y la revolución nacional hasta tal extremo, que no sólo siguió a los asesinos voluntariamente, sino que asumió su ideología de exterminio. En Rusia, la *Wehrmacht*, desde su conciencia militar, luchó «limpiamente», aun cuando ciertas unidades fueron destinadas a la liquidación de los presuntos partisanos judío-bolcheviques y de sus escondites, los pueblos donde vivía la población civil inocente.



En mayo de 1940, el ideólogo de las acciones de la policía nacional tuvo que abandonar la oficina central de seguridad del Reich, a instancias de su superior Heydrich, para quien Best era demasiado independiente y exitoso. Éste, lejos de enrolarse en las unidades de seguridad (SD) del Este, siguió una formación intensiva de dos meses en el ejército. Como jefe del departamento de administración del estado mayor del comandante militar en Francia, el joven soldado Best reanudó rápidamente sus antiguas tareas burocráticas. Impulsó la vigilancia administrativa y obligó así a las autoridades francesas a colaborar con el victorioso ejército alemán. Esta colaboración fue aprovechada por Best de modo muy eficaz en lo tocante a la deportación de los judíos franceses. En lugar de seguir las órdenes de Berlín, que pedían el fusilamiento de los rehenes en cuanto se produjeran atentados contra el ejército, los judíos, culpables siempre de todo lo que ocurriera, fueron deportados al Este. Con su frío realismo y aparente deferencia, Best evitó que en Francia se produjeran «condiciones polacas», política que prosiguió como *Reichsprotector* en Dinamarca desde noviembre de 1942.

¿Por qué esa política dúctil e impulsada con tanto éxito por Best de que los sometidos colaboraran con el pueblo alemán conductor no fue adoptada por las SS y la dirección nacionalsocialista en el Este? Tampoco Herbert resuelve esta contradicción de la política de dominación alemana. La disposición a colaborar con los alemanes, celebrados como liberadores, era en efecto mucho mayor en la Unión Soviética que en el Norte o en el Oeste de Europa. Aparentemente fueron los prejuicios

racistas de Hitler contra los eslavos y la imagen del «subhombre», compartida por la *Wehrmacht*, lo que impidió la colaboración en el Este. Best, por tanto, difícilmente pudo ser el «ideador de la política de exterminio» como lo estiliza Herbert, sino antes bien un pragmático del poder. Sus ámbitos de acción le fueron dictados por Hitler, y no a la inversa. Apenas pudo Best sugerir ideas a su *Führer* –al que admiraba mucho, pero desde una distancia realista– ni verlas sancionadas por él. Ni siquiera un analista brillante como Herbert se libra del todo de la tentación de sobrestimar a su «héroe».

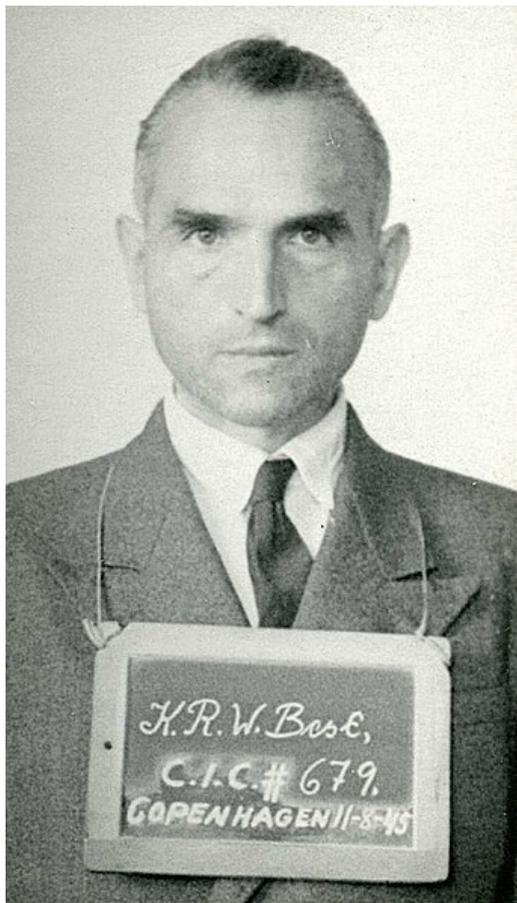
Al contrario que Best, Speer no basó su relación con el nacionalsocialismo en una afinidad ideológica, sino únicamente en la singular amistad viril que le unió a Hitler, de arquitecto a arquitecto por así decir. «Si Hitler hubiera tenido amigos, yo habría sido uno de los más íntimos», así describió Speer su relación con Hitler más tarde en Spandau. El colapso psíquico de Speer en enero de 1944, ocurrido tras una disputa, como nunca la había experimentado, con Hitler, su visita de despedida en el bunker pocos días antes del suicidio de éste y, finalmente, su llanto convulsivo al conocer la muerte del *Führer*, subrayan esta relación personal y emocional que en muchos aspectos correspondía más a la de un padre y un hijo que a la del dictador y su ministro. En su «lucha con la verdad», representada con gran éxito de público tras su excarcelación, Speer se centraba en Hitler como la figura del padre supremo (*Übervater*) y en su propio deslumbramiento³. Aunque fuese sólo en razón de las innumerables preguntas que se le hicieron, a Speer le preocuparon el destino del pueblo judío y su propia indiferencia de aquellos tiempos, pero no tanto como hubiera deseado su biógrafa Sereny, ni tanto como ella sugiere en su obra.



Al igual que Best, Speer poseía una personalidad tremendamente insensible, acomplejada y vanidosa. El tímido y egocéntrico Speer, impasible y arrogante en su trato con los subordinados, se autorrealizó

como el arquitecto más famoso y superministro, en el marco de una dependencia homoerótica en relación a su *Führer*. Con esta mezcla de vanidad, autosobreestima y ambición, poco le importaba la humanidad, tanto le daba el pueblo judío como su propia familia. Abrumado por el trabajo, Speer desconocía a sus propios cinco hijos, mientras vivió fue incapaz de desarrollar una relación emocional con ellos. A su esposa jamás, ni siquiera durante su encarcelamiento, llegó a aceptarla de igual a igual como cabeza de familia temporal, sino que la trató como una especie de jefa de negociado. Por otro lado, los judíos le eran bienvenidos como mano de obra en su megalomanía constructora. Durante los trabajos para la construcción de la metrópolis *Germania*, su comentario lapidario fue: «Ya en tiempos de su cautiverio egipcio los judíos pintaban ladrillos», por lo que también podían hacerlo en el campo de concentración de Oranienburg. Obstinado en afirmarse como hombre poderoso, intangible y de acción, subordinando a todos y cada uno, desde sus rivales, sus amigos más íntimos y su familia hasta los trabajadores forzados y los judíos, perdió la visión global de su colosal imperio, no siendo consciente de las consecuencias de semejante actuación. Exceptuando a Hitler, todo el mundo le era indiferente. Sólo ante él quería y tenía que validarse, de tal manera que llegó a autoconvencerse de que sería su sucesor natural.

Ambos libros, cada uno a su manera, son seguramente obras maestras. Herbert convence por su rara síntesis de historia política y social con esbozos biográficos. Werner Best es mostrado como un producto de su tiempo, comparándolo con su entorno temporal desde los inicios de la república de Weimar hasta los tiempos de la República Federal de Alemania. Herbert realmente escribe la historia de los alemanes de este siglo, tomando como ejemplo la persona de Werner Best para mostrar el camino errado del pueblo alemán. Qué grado de representatividad real y qué grado de poder poseía Best son preguntas ante las que se dividen las opiniones en las numerosas reseñas de esta obra, que rápidamente se ha convertido en *bestseller* en Alemania.



El libro de Gitta Sereny sobre Speer, aun más voluminoso que el de Herbert sobre Best, cubre sobre todo los doce años de actividad oficial de Speer en el Tercer Reich. A ratos se lee como un comentario crítico y complementario a las *Erinnerungen* de Speer. El período de los juicios de Núremberg, el encarcelamiento en Spandau y la libertad, recuperada a partir de 1966, se tratan como un anexo a la etapa de sus cargos oficiales. La autora basa sus afirmaciones en un gran número de conversaciones personales con el mismo Speer, su mujer, sus hijos y amigos de la familia. El producto final de esta historia oral no contiene apenas errores históricos, presumiblemente en razón de las sólidas investigaciones de la propia autora. Sin embargo, al centrarse en preguntas muy simples sobre el conocimiento, la culpabilidad y el arrepentimiento de Speer, deja de lado parte de la compleja realidad del Tercer Reich, haciendo próximas, sin embargo, al público en general las acciones e implicaciones del personaje. Speer ocupa sin duda el centro de la obra de Sereny, mientras que Herbert simplemente deja pasar la sombra de Best por la historia de Alemania.

¿Es la elite intelectual la autora y responsable, al fin descubierta, del terror y genocidio nacionalsocialista? Ciertamente no. La traición de los intelectuales, su función de vanguardia en el establecimiento de regímenes fascista-autoritarios se pueden encontrar tanto en la Italia y el Japón de aquellos años como en la Alemania de Hitler. La novedad de estos libros consiste en revelar el alto grado de corresponsabilidad en las funciones del régimen de individuos hasta ahora subestimados como Speer y Best. Sin embargo, todo intento centrado en un grupo de culpables induce a error y a sobrestimar a los individuos. Los intelectuales responsables representaban la elite del pueblo. Sus

acciones sólo podían desarrollarse con el consentimiento tácito de este pueblo. Tal vez no exista la culpa colectiva de los alemanes, pero sí una responsabilidad colectiva de todos los alemanes, tanto de aquella generación como de la actual, en el capítulo más siniestro de su propia historia. La mayoría de los alemanes fueron ejecutores voluntarios de las fantasmagorías de Hitler, pero ello no los hace responsables directos del asesinato del pueblo judío.

Traducción de Uta Beeg

¹. M. Schmidt: *Albert Speer. Das Ende eines Mythos. Speers wahre Rolle im Dritten Reich* (El fin de un mito. El verdadero papel de Speer en el Tercer Reich), Bern-München, 1982.

². Contribución de Best a la recopilación de Ernst Jünger, *Krieg und Krieger* (Guerra y guerreros), publicada en 1930.

³. A. Mitscherlich: «Hitler blieb ihm ein Rätsel. Die Selbstblendung Albert Speers», en Adalbert Reif (ed.): *Albert Speer. Kontroversen um ein deutsches Phänomen* (Albert Speer).